

GUILLERMO ARAYA. *Claves filológicas para la comprensión de Ortega*. Edit. Gredos, Madrid, 1971.

Don José Ortega y Gasset, filósofo sobre la vida, no acerca del ente y demás temas tradicionales. Lo hizo en lengua española, suceso también insólito. En vez de una terminología abstrusa, prefirió la lengua comunitaria. Y para colmo, nos ha dejado más artículos de periódico que libros, éstos suelen ser incompletos, y lo mismo unos que otros tratan de ser cordiales, para ganarse al lector sentimentalmente y no de un modo seco, racional. De ahí el “problema Ortega”, las discusiones en torno a su figura. Ha llegado a decirse que Ortega escribía demasiado bien para un filósofo, luego no lo era. Por contra, sus admiradores lo reputan de genial.

Tal situación tiene multitud de causas, algunas deleznable, pero las hay justificadas, al menos en parte, y a ellas se atiene Guillermo Araya en su libro. Parte Araya, pues, de una actitud objetiva y radical, “sin dar nada por previamente resuelto”, pero convencido de que al aplicar los métodos formales de la filología al corpus orteguiano se podrá entender éste de veras. Los dos grandes temas filológicos que se le revelan de inmediato son: 1º el del género a que pertenece la obra de Ortega (su mayor parte, la decisiva), y 2º la concepción del lenguaje actuante en ella. Un tercer punto previo, el de la concepción metafísica central que vertebra esta filosofía, decidió dejarlo fuera. Ya no pertenecía al formalismo filológico.

Aunque decidido a ser objetivo, Araya no oculta sus posturas de radio personal. Una, que querámoslo o no, “el orteguismo es una realidad existente en España e Hispanoamérica”, luego ignorarlo a lo avestruz resulta majadero. También le atrae el “socratismo” del madrileño, su deseo de diálogo con el interlocutor concreto. Y como hispanohablante y profesor de español, Araya afirma sin vacilar: “que él haya sido filósofo en nuestra propia lengua no puede mirarse como una deficiencia, una falta o una tacha”. Libre de complejos, en fin, Araya sostiene que se puede ser objetivamente honesto y, no obstante, acercarse a Ortega con serena admiración, con *intelletto d'amore*, como pedía el Dante. Eso aguza el ingenio y permite dedicar a lo estudiado el esfuerzo y el tiempo debidos.

Sobre el género, parte Guillermo Araya de ciertas consideraciones generales. Distingue entre el *hablar vital* o corriente y los *géneros del decir*, donde pueden precisarse dos momentos dinámicos: un instante originario, en que se da una elección disyuntiva absoluta, y un momento de acabamiento. Con tal postura, va más lejos que Bühler, puesto la *acción verbal* y el *producto lin-*

*güístico* del maestro alemán se conciben cual paralelos y de igual radicalidad. Araya supera dicha limitación, lo cual nos indica el nivel de rigor en que se mueve. Después, se ciñe a los dos géneros evidentes y que necesita examinar: el literario y el filosófico. El primero, como término de comparación, el otro por sí mismo. (Este ceñirse al tema, sin divagar, da austeridad al trabajo de Araya). Ahora bien, precisar qué es propio de los distintos géneros literarios, determinar la constante del *genus litterarium* como totalidad —la mimesis—, traer a colocación aquellas citas de Ortega que nos lo muestran consciente de estas cuestiones, y hacerlo sin confusión pero rápidamente, le permiten al profesor Araya explayarse luego a propósito del “genus cogitandi”, el filosófico. Aquí no hay más que un género, en la intención como en el decir, pues el decir didáctico, el de la ciencia especial, etc., son secundarios, derivados respecto al filosófico. No es el caso de la literatura, donde la lírica, la narración y el drama son todos primarios. Dicho de otro modo: “las formas didácticas o informativas de presentación lingüística, *manuales, guías, textos*, etc., no provienen de una postura cognoscitiva originaria. Por lo tanto, como formas y como polarización del hablar, no pertenecen al género del pensamiento”.

Desbrozado el camino, Araya deja que el propio Ortega nos diga, en citas oportunas, cómo el género cogitativo no ha tenido forma literaria propia. “Cada genial pensador tuvo que improvisar su género”. Y de ahí la extravagante galería histórica: el *poema* de Parménides, los *aforismos* de Heráclito, la *charla* socrática, los *diálogos* platónicos, las apretadas *pragmateias* aristotélicas. Descartes insinúa su doctrina en una autobiografía, Leibniz se pierde en breves tratados miniatúrescos, Kant produce una maquinaria tan enorme y complicada como el reloj de la catedral de Estrasburgo. Sólo cuando la filosofía deja de ser creadora —con los estoicos, con los escolásticos de ayer y de hoy— se fosiliza en géneros.

Influye en la forma escogida por el filósofo la circunstancia histórica. Parménides optó por el himno de factura religiosa por haber vivido sus hallazgos como revelaciones —lado analógico— y a la vez porque el himno era en sus días una forma arrumbada que, por lo mismo, ya servía para cualquier otra cosa —forma “fija”.

En su propio caso, Ortega dejó dicho que hizo filosofía “disfrazada” de periodismo y de literatura, porque el pueblo español “no admite lo distanciado y solemne”. Y él quería, ante todo, llegar a ese pueblo que el destino le puso delante. En España, había que ser filósofo en la plazuela. Por lo mismo, Ortega buceó en Sócrates y en Platón, por ser casos de *status nascens* del filosofar. Frente al discurso largo del retórico, una “makrología” para hacer fuertes las razones débiles y débiles las fuertes, la filosofía socrática nació cual *breviloquio* y dando al que dice por base de lo dicho, o sea, como *diálogo*. Ortega aceptó sin reservas esta doctrina, la practicó tenazmente y la resumía diciendo que su propósito al escribir era “la involución del libro hacia el diálogo”. Eso sí, respecto a esa incapacidad de la filosofía

para encontrar una forma normal de decir, Ortega afirmó que había “causas hondas”, que no perescrutó.

Hasta ahí llegó la indagación orteguiana en lo atinente al género, según nos hace ver Araya, paso a paso.

La segunda clave filológica para entender a Ortega, que se corresponde con la 2ª parte del libro de Araya, trata de la concepción orteguiana del lenguaje. Al igual que en la parte primera, la doctrina lingüística expuesta sobriamente y con mucha seguridad, le sirve a Guillermo Araya para ir calibrando las ideas del maestro de Madrid. Debe reconocer lo mucho que sabía Ortega sobre lenguaje, cómo polemiza con especialistas de talla —Meillet, Vendryes, Trubetzkoy, Menéndez Pidal, Lapesa, Hrozny, Lerch, Saussure, Bühler, etc.— y a veces encuentra estrechas sus concepciones. El motivo es obvio, para Araya: “Ortega pone en aprietos el saber de la lingüística por cuanto él accede al objeto de esta ciencia preocupado por cuestiones más generales”. Con *intelleto d'amore* —que admitió de partida— el lingüista Araya admite el derecho del filósofo Ortega a tratar del “origen del lenguaje”, problema declarado poco serio por los especialistas. Le reconoce, en general, su derecho a “contar mitos”, como el del “origen” del hombre. El mito es para Ortega “verdad inexacta”, o como expuso más tarde, “guía de nuestra intuición”, fórmula mejor que la primera, según Araya, pues se lo mira desde su función en la filosofía. Entendido así —continúa el profesor de Valdivia— “el mito es prolongación a una *terra ignota* de algo próximo e inmediato”. Luego si Ortega halla que el lenguaje está en continua creación, cabe referirse a las potencias genitricas de su nacimiento, aunque el tal no sea verificable, como pide la ciencia especial.

Araya destaca el acierto de Ortega al distinguir la función señalativa del lenguaje —mostrar lo individual, lo concreto— y la función conceptual, para nombrar lo abstracto, pero su objetividad queda puesta a prueba cuando Ortega supervalora esta última. Nos advierte que aquí el filósofo “exagera” y él expone la sana doctrina: ambas funciones son coexistentes y disyuntivas, sin que se pueda probar “responsablemente” el origen mostrativo de los signos representativos.

El aporte magno de Ortega, su *teoría del decir*, está finamente analizado. En verdad, aquí llega el desquite del filósofo, cuando distingue entre *circunstancia* y *contexto*, y luego escalona en éste el *adversario*, el *suelo* y el *subsuelo*. La lingüística, reconoce Araya, no hila tan delgado. Su noción del contexto es más plana, más pobre. (En verdad, no presupone la lingüística un decir que sea “diálogo”, pero si el emisor de lenguaje siempre comunica algo a “otro” y no es concebible un decir sin destinatario, el “adversario” existe en todo caso, al menos de un modo potencial).

Las ideas orteguianas de que “hablar es gesticular”, que “se habla con todo el cuerpo”, que los signos sonoros son parte de la comunicación total, están desplegadas por Araya nítidamente, hay que reconocerlo. Sin embargo, acaso el lector ingenuo, a partir de esta etapa de la exposición, la halle seca,

echando de menos que se le muestre cómo aplicaba Ortega su doctrina a su modo de escribir, al estilo. Mas Araya permanece fiel a la ruta que se marcó inicialmente y no pasa la raya. Su tema son las ideas del filósofo sobre el lenguaje; no lo olvida y evita cualquier concesión al análisis estilístico.

Sobre "lengua y terminología", con cuantos distingos y matices tuvo en cuenta Ortega, se nos da un plano completo. Al trazarlo, se avanza en dos direcciones, como es usual en Araya: haciéndonos ver el valor del tema por sí mismo, y al par, como justificación del modo de filosofar orteguiano, vitalizando el habla popular. Se cruzan aquí la repulsa a la jerga "recibida", el ejemplo de Platón, que también usaba el idioma de sus conciudadanos, y el hecho tremendo de que una filosofía sobre la vida tiene pocos precedentes al nivel de los tratadistas, mientras fue siempre lo decisivo para el pueblo, cuyas intuiciones conserva el lenguaje. De ahí ese hurgar de Ortega en la etimología, mas no en busca de las acepciones antiguas en el tiempo sino de las que —por remotas o por inspiradas— nos dan la acepción "vívida", donde la energía simbolizadora se hace patente.

El libro de Araya se completa con varios apéndices, destinados a facilitar la tarea del estudioso que quiera orientarse en el manejo de los textos orteguianos: cronología de las obras, textos excluidos de las Obras Completas, aspectos del lenguaje relacionados con la colonización, la masificación, etc. (interesantes en América y ahora aunque no son tema del libro), y bibliografía.

ELEAZAR HUERTA